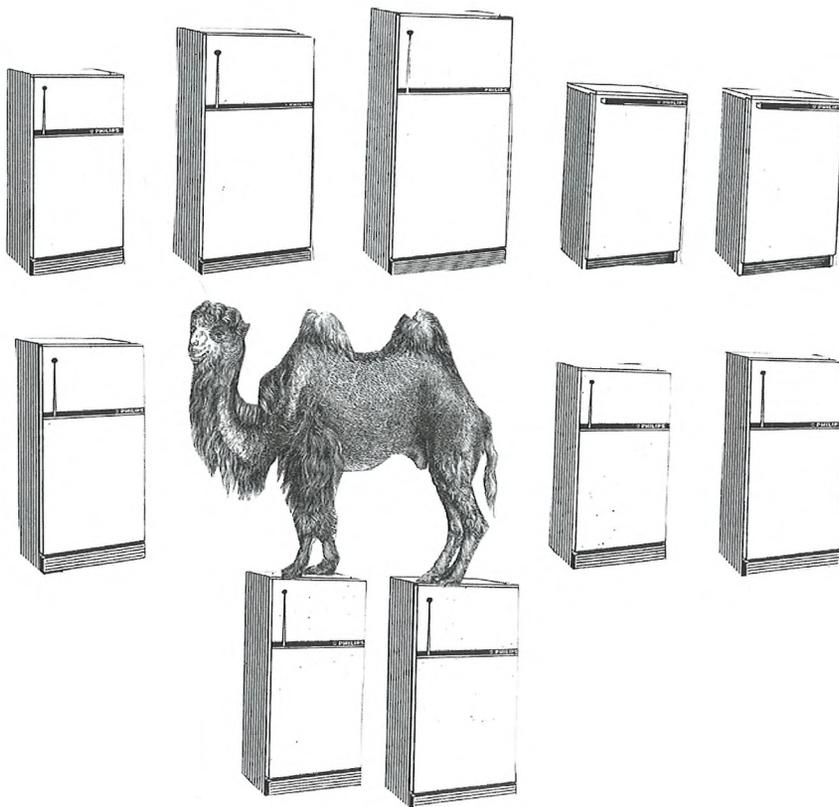
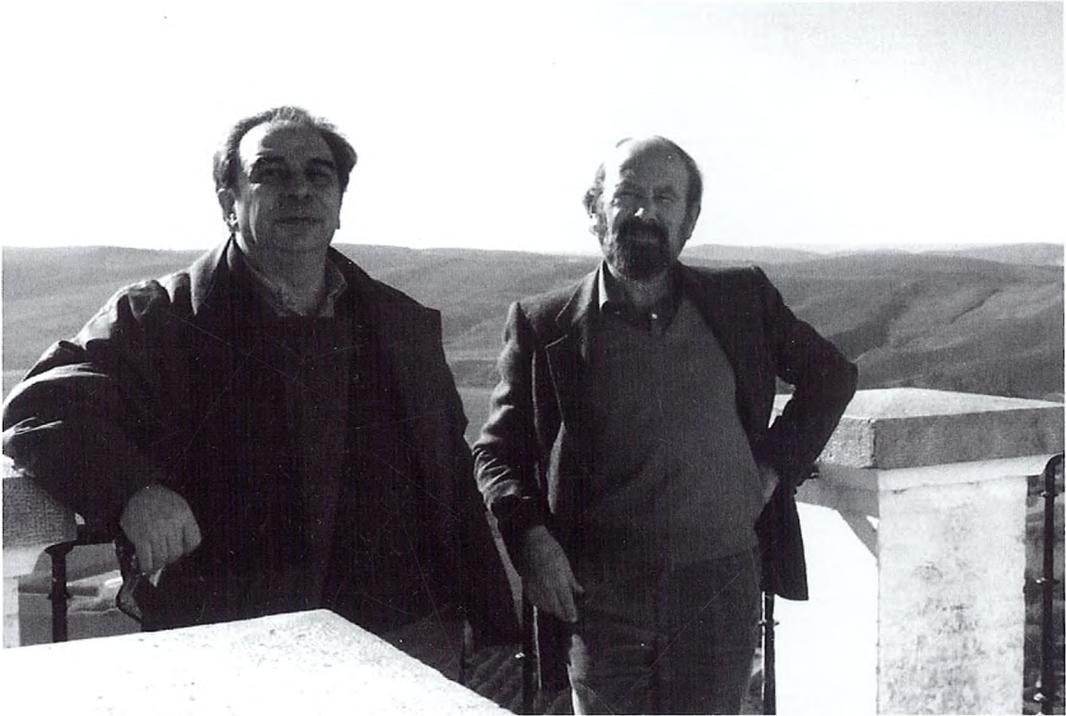


INVITACIÓN A LA RELECTURA DE GARCÍA HOTELANO

José Manuel Caballero Bonald



Más de una vez he sostenido que Juan García Hortelano es uno de esos escritores a los que hay que releer, entre otras cosas -o sobre todo- porque tras su muerte se produjo como una dispersión inmerecida de su obra. Una obra ciertamente afectada -como cualquier



García Hortelano con Caballero Bonald en Arcos de la Frontera (diciembre, 1985)

otra- de altibajos, pero que en sus fases de mayor concordancia con el propio modelo operativo del autor sigue conservando muy notables potencias literarias. Cuando García Hortelano se amoldaba a su natural ámbito temático -la burguesía madrileña más o menos disoluta-, conseguía no pocas excelencias narrativas. Los jóvenes escritores actuales saben -o deben saber- que los escritores que eran jóvenes hace más o menos un cuarto de siglo, recibieron del autor de *El gran momento de Mary Tribune* no ya un magisterio literario en sentido estricto, sino esa otra enseñanza que tiene mucho que ver con las buenas maneras del escritor, algo quizá difuso y como desplazado de los hábitos actuales de la sociedad literaria, pero entre cuyos aparejos se articula de algún modo una condición humana bastante más axiomática de lo que aparenta.

Compartí con García Hortelano muchas experiencias políticas, viajeras, étlicas, divagatorias, mayormente referidas a cierta nocturnidad urbana o a algún que otro salón doméstico. Y compartí por supuesto muchas horas de diversión, entre las que no eran las menos vistosas las dedicadas a oírlo relatar de modo inolvidable sus particulares versiones de los hechos. De unos hechos fidedignos o inventados, que eso daba igual. Casi nunca hablaba de literatura, una deferencia

muy de agradecer, si bien solía narrar por aproximación desfigurada algún asunto en trance de ser convertido en literatura. No frecuentó ninguna asociación de beocios, de modo que desdeñaba todas esas majaderías gremiales que circulaban por ahí y que, en cierto modo, le proporcionaron la astucia necesaria para cultivar sagazmente la ficción. Yo creo que eso se nota, incluso con minuciosa lucidez, no más iniciada una relectura apacible de sus narraciones más autosuficientes.

Entre *Nuevas amistades* (1957) y *El gran momento de Mary Tribune* (1972), sin olvidar la mayoría de los cuentos (v. *Cuentos completos*, Lumen, 2007), queda el mejor García Hortelano, el más notoriamente dotado para los diálogos de jugosa versatilidad y las bondades compositivas. Un don muy específico para la observación crítica de la sociedad se aloja en todos y cada uno de los meandros de un discurso narrativo de cuidada textura y brillante agudeza. No siempre, claro, esas cualidades de estilo y de singularidad argumental menudean con idénticas atribuciones por toda su obra. En *Los vaqueros en el pozo* (1979) o en *Gramática parda* (1982), por ejemplo, el autor parece como fatigado ante unos modelos novelísticos ya usados con eficiencia notable y, de repente, como desgastados por su propia reincidencia. Da entonces la impresión de que ha preferido arriesgarse con otras apetecibles técnicas de novelar, las mismas que van a desviarlo de modo imprevisto de su más reconocible tradición realista. No me incomoda afirmar que esos son desde luego los más imprecisos logros del narrador, precisamente porque su encomiable alejamiento del realismo entreverado de costumbrismo podía haber favorecido la tasación general de su obra novelística, cosa que no se produjo.

Conviene reiterar que Juan García Hortelano fue un extraordinario contador de historias. Le gustaba mucho hacerlo, enseguida se le notaba. Que yo recuerde, sus más reconocibles rivales podían ser Juan Marsé o Carlos Casares, otros dos consumados cultivadores de la tradición oral. Pero nunca incurrieron en ninguna competencia desatenta. No iban por ahí las reglas del juego. Lo que sí ocurría siempre es que si algún interlocutor empezaba a relatar un episodio que Hortelano conocía, éste lo interceptaba de inmediato con un gesto benévolo y una frase tajante: "Déjame que yo lo cuente". En ese solo sintagma se fundamentaba un método de trabajo y una declaración de amor por la palabra, o más expresamente, por el oficio de contador de historias. Porque lo que Hortelano narraba era siempre muy distinto a lo que podía narrar cualquier otro contertulio, no por el asunto -claro- sino por los aderezos interpretativos y demás aliños del ingenio. Quizá por eso sus textos más inteligentes y divertidos coinciden, como obedeciendo a un minucioso sistema de vasos comunicantes, con los monólogos exteriores de sus relatos.



Juan G^a Hortelano con Caballero Bonald y Josefa Ramis

La pericia de los cuentos hablados de García Hortelano encontraba efectivamente su más meridiana correspondencia en sus diálogos escritos. Muy pocos narradores gozaron de tan buen oído como él para hacer hablar a la gente y calificarla a través de los específicos atributos de la ficción. Tengo la sospecha de que Hortelano afianzó esas metódicas especialidades durante su etapa de autor de guiones cinematográficos -y más concretamente de dialoguista-, tarea que compartió durante algún tiempo con Juan Marsé en la Barcelona de los años medioseculares. La vieja táctica de descifrar el carácter de los personajes por sus modales expresivos, encontró en el autor de *Tormenta de verano* un palmario ejemplo de verosimilitud. Como detestaba el mal uso del éxito y los ringorrangos del escritor adiestrado en los escalafones profesionales, nunca hizo nada por disimular su talento de diablo cojuelo en ejercicio, siempre dispuesto a conversar con las gentes a quienes sorprendía deambulando por la vida, preferentemente si era de noche. Tampoco renunció en ningún momento a sus vínculos más sutiles con esa eminente franja oral de la literatura a que ya me he referido.

La extroversión de Juan García Hortelano no se contradecía sino que abundaba en el prestigio de su timidez. Pero esa timidez ¿la acentuaba a veces para

parecer más cercano o procuraba solaparla para darle un mayor margen de maniobras a su natural dadivoso? La bondad, el tabaco, los cuentos, las viandas, la risa, la ginebra, todo procedía gozosamente de la generosidad y de una honestidad absolutamente diáfana. Amaba la noche porque era entonces cuando podía contar sus historias sin que lo interrumpiera ningún intruso, no al menos esos intrusos que suelen coincidir con los pelmazos en ciertos consabidos espacios diurnos. Trabajaba en el ministerio de obras públicas y no parecía ni ufano ni desavenido ante semejante condición de funcionario. La toleraba como se tolera la inclinación azarosa de la vida, si bien recurría de vez en cuando a una sosegada repulsa hacia toda clase de burocracias, incluidas las laborales y las ideológicas.

Bondadoso y malicioso a partes desiguales, provisto de un escepticismo que en modo alguno excluía una afanosa curiosidad, cultivador impecable de la ironía puntiaguda y la elegancia desaliñada, Hortelano fue sobre todo -y casi a su pesar- un auténtico paradigma de persona. Reiterarlo a estas alturas también es un buen ejercicio de equidad. De modo que hay que releer a Juan García Hortelano, confabularse de nuevo con unos relatos donde se prodigan las mismas ofertas generosas que fundamentaron la vida de su autor: ese cuentista nato a quien le hubiese disgustado mucho la idea del epitafio como vanidad póstuma.